

**Presentación de *Talita. Revista Cultural* (1982-1984)**

Por Carlos Vallina y Oscar Taffetani

**Ficha técnica:**

*Talita. Revista Cultural*

Directores: Guillermo Lombardía y Carlos Vallina (a partir del n° 2)

Lugar de edición: La Plata, Provincia de Buenos Aires

Fechas de publicación: n°1, mayo-junio de 1982; n°6, septiembre-diciembre de 1984.

Dimensión: 22 x 16,5 cm

Páginas: entre 64 y 96.

Comité de redacción: Daniel Dalmaroni José Luis De Diego, José M. Ghio, Carlos Pacheco, Alberto Pérez, Sergio Vallina (hasta n° 2); luego se suman y alternan: Lido Iacopetti, Cielito Depetris, Marita Minellono, Oscar Taffetani.

Secretario de redacción: Oscar Taffetani (en n° 6).

Composición y armado: Hur, Ciudad de Buenos Aires.

Talleres gráficos: SU Impres, Ciudad de Buenos Aires.

Diseño Gráfico / Diagramación: Rellmú, Mumi Martínez, El Rulo.

“A comienzos de los 80’ fui invitado a participar en una revista cultural que se llamó *Talita*. Fue aquella una experiencia única (es cierto, toda experiencia es única como nos lo recuerda el filósofo Giorgio Agamben), signada por hechos terribles (dictadura militar, guerra de las Malvinas...) y el deseo. El deseo de ‘hacer cosas’, de escribir, de pensar, de discutir los temas de la cultura. Veinte años después, la ciudad no tiene una revista como aquella (¿por qué?)”

Estas palabras del historiador y crítico Sergio Pujol podrían ser atribuidas a cualquiera de los intelectuales, docentes, poetas, narradores y periodistas reconocibles que fueron parte de la revista *Talita*, en su breve e intenso ciclo de vida. Y la observación de Pujol sobre la falta de un órgano cultural como fue *Talita* en el ámbito platense y

nacional actual, tal vez sea compartida por la mayoría de los “ex” y por los actuales protagonistas de nuestra escena cultural.

Por eso, el archivo digital de los seis números de *Talita* es un valioso aporte de AHIRA al debate sobre nuestro pasado reciente y sobre los tiempos venideros, algo que tenemos que agradecer.

*Talita* nace del encuentro de dos exiliados internos en la ciudad de La Plata, los que a partir de sus formaciones militantes y universitarias y de sus preocupaciones culturales, se proponen iniciar una comunidad (un tejido) que se ofreciera como camino de construcción de lo simbólico y de lo humano en el contexto todavía dominante del terrorismo de Estado.

Guillermo Lombardía y Carlos Vallina se constituyeron en directores y referentes de una publicación que compartió su espacio con otras revistas independientes del período (*Último Reino* y *La Danza del Ratón* en el mismo formato gráfico, pero también publicaciones como *El Molino de Pimienta*, *Xul* y *Sitio*, que tuvieron sus respectivos públicos y también sus respectivas estrategias de supervivencia e intervención).

La perspectiva común era crear un frente cultural, entendiéndolo como respuesta política, inmediata y posible, y también como núcleo conceptual de una recuperación democrática que no fuera sólo la recuperación de las instituciones formales.

Oscar Taffetani se acercó después del primer número e integró el consejo y finalmente la secretaría de redacción, donde además de los sumarios de futuras e hipotéticas revistas se debatieron los alineamientos políticos en la compleja transición argentina a la democracia. En el editorial del número 1 (año 1, mayo-junio de 1982), en la retirada de tapa, se puede leer:

“Hace seis años y quizá más que el país apuesta al dólar, debatiéndose entre la ‘economización’ de la cultura y la pauperización de los bolsillos.

Cualquier ciudadano medianamente lúcido afirmaría que, en estas condiciones apostar a la cultura es un pasaporte al fracaso, y puede que tenga razón. En todo caso, la posibilidad del fracaso no ilegítima nuestro esfuerzo. La historia es rica en ejemplos y es de necios contradecirla. Sólo edificando sobre cimientos culturales sólidos se puede construir una nación. La ignorancia, es bien sabido, es aliada incondicional de las dictaduras.

Difundir cultura, crear corrientes de opinión, discutir, polemizar, disentir, escuchar, esa es nuestra tarea y aquí estamos con nuestro primer número inseguro y expectante. Apostamos a la cultura. La opinión de ustedes, lectores, será nuestra mejor recompensa.”

Oswaldo Soriano envió desde su exilio francés, en París, el 27 de julio de 1982, la siguiente carta:

*“Queridos amigos de Talita:*

*Néstor me hizo llegar el primer número de la revista. Como se imaginarán, sólo ver una nueva ventana abierta para que nos llegue el aire puro fue la primera satisfacción. La lectura me ha convencido –si aún hiciera falta insistir– de que estos años sombríos, sin duda los más dramáticos de nuestra historia, no han podido con la inteligencia y el coraje intelectual de los jóvenes.*

*En esta revista, en todo aporte de ideas, está germinando un país diferente, más maduro y tolerante. La excelente nota de Guillermo Lombardía lo muestra cuando escribe: ‘La literatura entre – el arte – no es pues, de ningún modo un terreno de debate distinto del cuerpo social en general’. La devastación también alcanzó a la crítica y la tarea de poner la casa en orden no será fácil. Los que estamos afuera y escribimos sobre el país somos sólo el emergente del iceberg: toda nuestra literatura (al menos la que cuenta) está en el destierro y ustedes, los más jóvenes, lo saben mejor que nadie. Escribir (pintar, filmar, hacer teatro) y ser joven es doble delito en nuestro país pisoteado y Talita incurre además, en el delito de inteligencia.*

*Muy bueno el reportaje a Piglia y la nota de Vallina sobre el cine argentino.*

*No le aflojen: cada número de Talita que llegue al exterior lo van a leer decenas de argentinos ansiosos de saber lo que están haciendo los amigos de allá. Un gran abrazo.”*

En el número 6 (año 3, septiembre-noviembre 1984), la editorial se tituló “Morelliana, siempre”. Fue el último y entre otras cosas decía:

“Dijimos alguna vez, que un título, un nombre, son una metáfora. Por ejemplo, la que aquí usamos. Es necesario aclarar que no nos pertenece, sino que la debemos a alguien con quien mantenemos una deuda que reíte de la externa. Pero claro, Julio no es el FMI ... ¿Por qué *Talita*? Y bien, porque sospechábamos que Atalía Donosi de Traveler no era un nombre apropiado para una revista.

Talita: una dependiente de farmacia, diplomada, argentina, una uña encarnada, bonita de a ratos, grandes ojos oscuros. Talita en el puerto de Buenos Aires llevando en la canasta el gato calculista. Talita: la maestra de los obreros, la que lleva limonada a los sedientos en las madrugadas calurosas del loquero de la calle Treiles. Talita porque como el ave cisne gardeleano no llora sino que canta cuando muere. Talita porque es ella la que dice: yo no soy el zombie de nadie, no quiero ser el zombie de nadie.

Metáfora como estas de Morelli: se puede matar todo menos la nostalgia del reino, la llevamos en el color de los ojos, en cada amor, en todo lo que profundamente atormenta y desata y engaña.

O la de Horacio y Talita después de haber fallado con el intento de alcanzar el cielo: pero no te preocupes, agarrá una piedrita y ensayá de nuevo, quién te dice que en una...”

Y sí: el último número publicado de la revista fue un completo homenaje a Julio Cortázar y a su *Rayuela*, no sólo porque Julio ya no estaba entre nosotros, sino porque intuíamos que la metáfora que había abierto el juego, con el título mismo de la revista (Talita la de acá, la que se quedó, la que no renunció a sus sueños, la que sostenía la canasta con el gato calculista), se cerraba con la muerte de Julio Cortázar, en plena vuelta a la democracia argentina y con un país entero que daba los primeros pasos, vacilantes, hacia la recuperación de los derechos arrebatados.

El anecdotario de *Talita* y de sus tripulaciones, en el tiempo transcurrido hasta hoy, es infinito. No obstante, valga recordar aquí una humorada del destino: en tiempos de hiperinflación, cuando el Fondo Nacional de las Artes (FNA) otorgó a *Talita* un subsidio que iba a permitir su reaparición, el importe recibido ya no alcanzaba ni para editar una sola hoja de papel.

Tras ese golpe de realidad, los fundadores de *Talita*, más el secretario de redacción y compañero en el último tramo, decidieron invertir el subsidio del FNA en un almuerzo, que tuvo lugar en un restaurante hoy inexistente de Buenos Aires.

Julio, el gran inspirador, desde algún lugar, nos sonreía.

La Plata, febrero de 2022